

DE CONFUSIÓN A CLARIDAD: LO QUE TEJE Y DESHACE LA SOCIEDAD

La gente suele batallar porque piensa en términos de bien y mal, conceptos morales cargados de fantasía, juicio absoluto y narrativas heredadas. Pero la cuestión no es moral, es funcional y constitutiva.

No se trata de lo que un sistema "desea", ni de cumplir un diseño abstracto. Se trata de algo más básico y poderoso:
Ciertas acciones hacen que la sociedad sea sociedad. Otras la disuelven.

Lo positivo no es lo "bueno" en un cuento. Es lo que teje: la acción que incluye, protege, avanza, facilita el flujo de información y recursos sin daño. Es lo que construye confianza, reparación y permite que el conjunto se mueva sin dejar partes rotas atrás.

Lo negativo existe en un espectro. Está lo que frena, y está lo negativo no funcional: aquello que activa y corroe. No es el "mal" metafísico; es el daño (físico, psicológico, económico, informativo) que, al afectar a un participante, deshilacha el tejido entero. La exclusión, la mentira sistémica, la corrosión de la cooperación. Es retroceso activo e innecesario.

Este criterio no es un nuevo dogma, sino la base de un entendimiento más profundo:

El fundamento no es moral, es existencial. "Mantener la sociedad" no es un bien supremo metafísico, sino el bien supremo pragmático: el tejido de cooperación es la condición de posibilidad para que cualquier vida humana viable —con sus búsquedas de justicia, libertad o placer— pueda sostenerse. Sin este entramado, solo queda la fragmentación violenta o la dominación absoluta. No lo preservamos porque sea "sagrado", sino porque es el piso necesario desde el cual todo lo demás puede incluso ser pensado.

La acción se juzga en su campo social correspondiente. La sociedad no es un monolito; es una red de campos y escalas (la humanidad, un país, una comunidad, una institución). Una acción que "deshace" un tejido opresivo y corrosivo en una escala (por ejemplo, disolver un régimen genocida) puede ser, en la práctica, la única forma de preservar o permitir un tejido mayor y más sano en una escala superior. La ética funcional no es conservadora; es estrategia de preservación del conjunto, capaz de justificar cambios radicales cuando un sub-tejido se ha vuelto una fuente de corrosión sistémica.

La frontera entre lo que frena y lo que corroe se descubre, no se decreta. La distinción no es subjetiva, sino el resultado del aprendizaje histórico colectivo. Lo que una época veía como "tejido" normal (la esclavitud, la exclusión de derechos), otra lo comprende como "corrosión" profunda tras observar sus consecuencias destructivas a largo plazo. La razonabilidad contextual no es un salto a la arbitrariedad, sino el mandato de usar ese conocimiento acumulado —esa evidencia de lo que, en la práctica, desintegra la confianza y la cooperación— para guiar nuestras decisiones presentes. Los marcos rígidos son, con frecuencia, la fossilización de un entendimiento superado.

La clave, por tanto, está en la pregunta que cambia todo:
No "¿Esto está bien o mal?", sino "¿Esto construye sociedad o la deshace?".

Este no es un juicio subjetivo, sino un análisis de consecuencias observables en el tejido relevante: ¿Esta acción fortalece o debilita los vínculos de confianza, seguridad y cooperación sin los cuales la convivencia se colapsa? Es la pregunta que todo marco normativo (leyes, instituciones) debería servir, y nunca sustituir. La ley es el corredor que delimita; nosotros somos los que debemos caminar dentro de él con este criterio claro, usando la razonabilidad contextual para no convertir el marco en un ídolo que traicione su propia función.

Porque la sociedad no es un contrato pasivo; es un acuerdo activo y constante que tejemos a cada instante. Si permites lo que la deshilacha, dejas de tener sociedad y empiezas a tener fragmentación, desconfianza y ruina compartida.

Promover el no-daño no es idealismo. Es el requisito mínimo para que lo común perdure. Las repercusiones tienen un peso material: lo que daña a uno, daña el entramado, y ese deterioro se expande como una grieta, bloqueando cualquier avance real. Incluso las decisiones más difíciles —aquellas que parecen sacrificar una parte— solo pueden justificarse bajo esta lógica estricta y escalar: cuando la omisión de actuar causaría un daño mayor, más corrosivo y extenso al tejido social en un nivel fundamental. No es el fin justificando los medios; es la obligación funcional de prevenir la desintegración de las bases mismas de la cooperación.

Al final, es simple pero profundo:
La sociedad se mantiene con acciones que evitan lo que la deshace y cultivan lo que la teje.
No es una guerra entre el bien y el mal.
Es la elección constante y responsable entre construir o destruir lo que nos permite ser, juntos.

Esa es la claridad definitiva: dejar de lado la fantasía moral y enfrentar, con honestidad y valor, el efecto real de nuestros actos sobre el tejido humano que compartimos. Es la única brújula fiable para la acción ética en un mundo complejo, porque no apela a fantasmas, sino a la realidad más tangible que tenemos: el vínculo que nos sostiene a todos.

"De este análisis surge un entendimiento práctico: la efectividad de lo positivo y la letalidad de lo negativo no funcional no son arbitrarias. Parecen radicar en un hecho operativo: el ser humano es un operador en red. Su capacidad de actuar, innovar y perseverar se multiplica exponencialmente en un tejido de confianza y cooperación, y se colapsa en su ausencia. La 'lógica del no estar solo' no es un imperativo moral, sino la descripción de la dinámica sobre la cual se construye o disuelve cualquier logro colectivo complejo. No es que debamos estar juntos; es que, cuando el tejido funciona, las posibilidades de cada uno se expanden más allá de sus límites aislados."

"Este acuerdo activo nace de una valoración simple y profunda: cada participante, al dar importancia a su propia vida y a la posibilidad de una existencia viable, reconoce que esa vida se amplía, se protege y se hace significativa dentro del tejido, no fuera de él. La sociedad no es una prisión de la que no se puede escapar; es la consecuencia observable de que preferimos, en una abrumadora mayoría de actos, la cooperación a la soledad inviable, el flujo al bloqueo, la reparación a la grieta. Lo 'positivo' es alimentar esa elección compartida; lo 'negativo no funcional', envenenarla."

"Esta ruina nunca es culpa de un 'sistema' abstracto. La sociedad, como tejido, no actúa; es actuada. Lo que llamamos su 'fracaso' es siempre la suma acumulada de acciones concretas de participantes que, desde su posición y con los recursos a su alcance, eligieron —por cálculo, omisión o negligencia— deshilar antes que tejer, corromper antes que sanar, bloquear antes que facilitar. La salud del tejido es, por tanto, la medida exacta de nuestra responsabilidad funcional colectiva."

"Esta claridad nos enfrenta a una última evidencia operativa: el mayor riesgo para el tejido no es el conflicto abierto entre lo que teje y lo que deshace, sino la tentación de difuminar y absorber la corrosión en lugar de transformar sus raíces. Elegir la absorción pasiva —normalizar lo disfuncional, amortiguar sus efectos sin sanar su causa— no es una estrategia de preservación; es el mecanismo de la decadencia. Envenena lentamente el sustrato de confianza, convirtiendo el tejido viable en un fantasma de cooperación. Por tanto, el imperativo final no es solo discernir, sino actuar con consecuencia: preservar el campo humano mayor exige, sin atajos, la reestructuración o eliminación lógica y consciente de los sub-tejidos cuya lógica corroe el conjunto. La sociedad no se negocia; se teje o se deshilacha. Y nosotros, en cada acto, somos esa elección."